

La importancia de los clásicos en la formación del historiador

Cuestiones disputadas. Ensayos sobre Marx, Freud, Foucault, Bourdieu y Bloch

RENÁN SILVA

Universidad de los Andes, Bogotá, 2016, 225 pp.

LA LISTA de autores que aparece como subtítulo de la obra que me dispongo a reseñar bien podría considerarse como una selección de los clásicos que no pueden faltar en la formación de ningún científico social, sea cual sea la disciplina por la que se incline y se especialice. Sin embargo, hay que señalar que, desgraciadamente, estos nombres han ido desapareciendo de los currículos universitarios y también de los intereses de estudiantes y maestros. No me refiero a los cursos obligatorios de “Introducción a...” que suelen ser un recorrido muy rápido por autores y corrientes de pensamiento, muy parecidos a las clases de bachillerato donde se confunde la filosofía o la literatura con las respectivas historias de estas disciplinas, o incluso peor, con el recuento de autores, obras, fechas, etc. En dichos cursos, evidentemente, se pueden encontrar con algo de suerte a varios de estos autores y tal vez sus planteamientos más conocidos, pero completamente caricaturizados, descontextualizados y despojados de toda su vitalidad. Rara vez se leen directamente o se trabaja en profundidad la riqueza y los múltiples matices de sus obras. El resultado de esto ya lo conocemos: una formación muy superficial, limitada a los autores y temas de moda, con un mínimo diálogo con la tradición intelectual, y una posición que se cree crítica, pero que no es más que una forma cómoda de evitarse el trabajo de pensar con rigor. Con demasiada frecuencia se desechan autores clásicos, sin siquiera haberlos leído o entendido sus planteamientos, por el simple hecho de que escribieron hace mucho tiempo y ya se consideran superados o “reevaluados”.

El libro del profesor Renán Silva, que se organiza como una colección

de ensayos elaborados con diversas excusas y en momentos diferentes durante la última década, es un llamado a retomar algunos autores de estos que han sido injustamente olvidados o declarados obsoletos por las corrientes dominantes en la academia contemporánea. Pero también retoma algunos de los autores “de moda”, mostrando aspectos de sus trabajos que no han sido suficientemente comprendidos o trabajados por sus seguidores contemporáneos. El texto va dirigido sobre todo a quienes se dedican a la disciplina de la historia, pero por la misma naturaleza de los pensadores analizados y los problemas que plantean, es una lectura que trasciende los estrechos márgenes de esta disciplina. Sin embargo, hay que advertir que no se trata de un manual para estudiantes de ciencias sociales. Su intención no es contar a los lectores cuáles son los aportes e ideas principales de cada autor. Eso también está presente en los textos, por supuesto, pero no es el objetivo principal. Cada uno de los cinco ensayos se concentra en algún aspecto de la obra de los personajes analizados que el autor considera pertinente, sobre todo en relación con las discusiones actuales. Así que son reflexiones sobre aspectos muy puntuales de la obra de cada uno, pero que se hacen de modo que también se puede apreciar el contexto general en que se inscriben, dentro del marco de los aportes generales de cada pensador, y su relevancia para algunas cuestiones muy actuales. De este modo, no es un resumen de la vida y obra de cada uno, sino un diálogo desde las preocupaciones del autor y desde las preguntas del momento, con las propuestas de cada uno de los pensadores analizados y su respectivo contexto. Un ejercicio que todos deberíamos emprender.

El primer autor que se analiza es Karl Marx, en el ensayo titulado “Marx como investigador [veinte varas de lienzo = una levita]”. Cabe anotar que este es el ensayo más largo de todo el libro y a mi modo de ver el más interesante. Son varios los objetivos que se propone, pero quiero destacar el énfasis que se hace en una lectura no dogmática de las obras de Marx y la intención de ir en contra de aquellos que le consideran como un autor ya “superado”. Lo que Silva

propone es estudiar a este pensador en su dimensión de investigador, con todo lo que eso significa. Por ejemplo, cuestionando el hecho de que se pueda hablar de un “autor” con una “obra” acabada, mostrando, por el contrario, que como todo investigador, son más las preguntas que planteó que las respuestas que propuso, e incluso que estas respuestas fueron cambiando con el tiempo, a medida que iba avanzando en sus investigaciones, y pueden resultar incluso contradictorias. Eso no le quita su valor y lo hace mucho más interesante que la imagen que los dogmáticos han construido, elevando al rango de “doctrina”, “gran teoría” o “concepción del mundo” a lo que era un pensamiento vivo, cambiante y a veces resistente a una sistematización coherente. Marx fue un autor que escribió mucho y publicó poco, lo cual es una gran desventaja y se ha prestado para infinidad de malos entendidos, algunos de buena y otros de mala fe. Para Silva, muchas de las tesis de Marx ya no son sostenibles, pero siempre podremos aprender de su actitud hacia la investigación, consecuente con la idea de la dialéctica, en proceso de cambio continuo, en una interacción infinita entre la teoría y los datos, entre el sujeto y el objeto, sin verdades absolutas y eternas.

El siguiente ensayo trata sobre otro de esos autores clásicos y considerado “reevaluado” en la actualidad, pero del cual todavía tenemos mucho que aprender. Se titula “Freud de vacaciones: profesiones liberales, clases medias y formas nacientes del turismo en Europa”. No sobra anotar que es un ensayo dedicado al recordado Estanislao Zuleta. Más que tratar algún aspecto del psicoanálisis, Silva nos invita a analizar al personaje, al individuo Freud, a través de una fuente muy interesante: sus cartas de viaje. Lo que se busca es ver lo que Freud dice involuntariamente, como representante de un grupo social: un médico de clase media, que ha logrado reconocimiento social y ya está disfrutando de una buena posición económica que le permite darse ciertos lujos y placeres. La clase media en ascenso a comienzos del siglo xx, con cierta inclinación hacia la cultura y las artes, impone la moda de visitar sitios emblemáticos como las costas

mediterráneas, donde además del sol y la playa, se puede disfrutar de la gastronomía y la omnipresencia de las huellas de la Antigüedad clásica. Se podría decir que este ensayo no es exactamente un trabajo sobre Freud, sino sobre la forma de usar una fuente tan compleja como la correspondencia personal en la investigación histórica.

El tercer ensayo se concentra en un clásico contemporáneo. Un autor “de moda” desde hace unas décadas, muy citado de segunda mano, pero poco leído y comprendido realmente. Se titula: “En defensa de un positivismo alegre: Michel Foucault en el archivo”. Aquí, el objetivo es mostrar que el gran teórico del “poder”, de las “epistemes”, de la “arqueología del saber” y otros conceptos que han hecho carrera en las aulas, era también un gran investigador empírico de archivo. De hecho, sus mejores trabajos fueron fruto de revisiones muy rigurosas de expedientes judiciales guardados en los archivos franceses, que pocos habían tenido en cuenta, para mostrar todo lo que podemos aprender de aquello que se considera anómalo, excepciones de la regla, desviaciones, etc. Foucault no despreciaba el trabajo de archivo en aras de una reflexión puramente teórica, sin bases concretas. Por el contrario, proponía un “positivismo alegre”, recogiendo lo mejor de esta tradición, pero proponiendo nuevas formas de “leer” los archivos y también nuevas formas de conceptualizar al mismo archivo.

El siguiente capítulo, titulado “De la viga en el ojo propio: sobre el autoanálisis como fundamento de las ciencias sociales”, retoma a otro autor contemporáneo bastante citado, Pierre Bourdieu, para detenerse en uno de sus trabajos donde señala la importancia de que el investigador se convierta en objeto de su propio análisis. Esto parecería ser algo obvio, una perogrullada, algo que todo el mundo sabe y practica en la academia, pero lo curioso es que cada vez se hace más necesario recordarlo. La crítica de un académico debe orientarse hacia sí mismo, en primer lugar. La autocrítica es algo que muchos predicán y pocos practican, y en este sentido se vuelve cada vez más pertinente el llamado de atención que hace Silva, a través de Bourdieu, sobre la forma en que

este principio básico de la actividad intelectual ha sido dejado de lado o convertido en una fórmula ritual que pocos cumplen en la práctica. Ya conocemos a dónde nos ha conducido todo esto.

La obra concluye, finalmente, con una visita al inagotable trabajo de Marc Bloch, titulada “El testimonio y el análisis histórico”, analizando un trabajo poco conocido en nuestro medio sobre las falsas noticias que circularon en Francia durante la Primera Guerra Mundial (1914-1918). Es un trabajo pionero sobre lo que significa ser testigo y dar testimonio en una situación dramática como es la guerra, cuando el que declara se constituye como víctima. Bloch quiere mostrar lo problemático de estos testimonios, pero sin caer en la dicotomía entre “verdad” y “mentira”, sino considerándolo como un objeto legítimo para la historia cultural. Pero Bloch no cae en la confusión común en la actualidad entre memoria e historia. Estos testimonios no son más “creíbles” o “verdaderos” por su condición de víctimas. Con ellos se debe aplicar todo el rigor de la crítica de fuentes, pero siendo sensibles a la forma en que estos relatos, noticias falsas, leyendas y narraciones de diversa índole, claramente ficticias, se elaboran y toman vida propia. Un buen remate para una obra que, como se dijo al comienzo, contiene muchas lecciones de los clásicos para los investigadores del presente.

Jorge Augusto Gamboa M.

Instituto Colombiano de
Antropología e Historia